

La ventana de enfrente

Kristín Dimitrova

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL BÚLGARO:

REYNOL PÉREZ VÁZQUEZ

PESE A SU AMPLITUD, EL DEPARTAMENTO resultaba un tanto oscuro. Antes de tomarlo, examiné con atención sus tres habitaciones. Los altos techos precisaban de una mano de pintura, pero las pesadas puertas de roble de manijas de latón parecían convidarme a quedarme con ellas. Me evocaban la casa paterna —en realidad, la casa de mis abuelos— que ahora se halla atestada y prefiero no asomarme por allí. Era una casa decorosa en las afueras de la ciudad, la cual poco a poco, sin moverse de su sitio, se había mudado al centro. Uno de los espejismos mayormente difundidos es que sólo las cosas vivas se desplazan.

“Me gusta”, pronuncié en voz alta y por más extraño que parezca, las manijas de latón de las puertas fueron justamente las que me incitaron a mudarme allí. Uno de los dormitorios daba a un patio interior en el cual las paredes de los edificios vecinos se alzaban como los dedos de una mano alrededor de un cerillo ardiendo. Frente a mí había hileras de ventanas que durante el día se apagaban y por la noche, como pude advertirlo más tarde, brillaban con los distintos colores de sus cortinas. A veces por los resquicios se colaba una luz amarillenta. Desfilaban niños. Se distinguía una mano con un cigarrillo, apoyada en una mesa todavía sin servir, el murmullo apagado del televisor que podía mantener a los habitantes de la casa clavados durante horas en el mismo sitio. En lo que a mí respecta, hace mucho tiempo que no veo televisión, pues no me interesa cosa alguna, excepto la gente de carne y hueso.

Algunos días después de instalarme en el departamento, sabía ya con seguridad que dos ventanas, justo al nivel de mi piso, permanecían invariablemente a oscuras. Durante el día sus cristales empolvados se negaban a reflejar la luz.

Por la noche se fundían con la pared exterior del edificio que ascendía hasta atar las siluetas negras de sus chimeneas con el suave tejido del cielo.

Paulatinamente fui habituándome a mi nuevo departamento, lo reconocí como mío. Éramos como compañeros de cuarto que aprendían a compartir un mismo espacio y necesitaran tiempo para familiarizarse. Me acostumbré incluso al portero que vivía en la planta baja y de tiempo en tiempo lavaba las escaleras para justificar su presencia. Arrastraba el balde con una colilla en la boca, regaba un agua turbia, seguía concienzudamente el rastro mojado de su trapeador y en ningún caso levantaba la vista para saludar como si fuera muy importante demostrar que no se le pagaba para eso. Reconozco que no soy una belleza en el sentido clásico del término y que de igual modo no dependo de su opinión, pero preferiría que considerara ese cruzamiento entre nosotros de alguna manera.

La ubicación de mi nueva morada me proporcionaba también sus placeres específicos. Por la noche, cuando todos permanecían delante de sus televisores, yo me plantaba tras la ventana oscura de mi dormitorio y observaba qué hacían detrás de las cortinas corridas con descuido. No, no he notado algo que pudiera impresionar a aquellos deseosos de sufrir un sobresalto. Los niños de la planta baja comenzaban a brincar en sus camas en el momento en que su madre salía de la habitación, pero cuando volvía con dos vasos de leche, fingían dormir. En una ocasión se habían dado tanta prisa en meterse bajo las mantas que a uno de ellos se le atenazó el pie entre el colchón y el cuadro de la cama e incluso yo detrás de los cristales logré oír su alarido. En el segundo piso viven dos ancianos. Siempre beben algo de unas jarritas de metal frente al televisor. Ojalá no se trate de un té de hierbas medicinales para rejuvenecer porque a leguas se ve que no surte efecto alguno. Encima de ellos hay una mujer que vive sola y los viernes por la noche juega a las cartas con unas

amigas. Más tarde o más temprano sus visitantes se levantan de la mesa y se marchan furibundas, pero al viernes siguiente se reúnen de nueva cuenta. No esperaba ver precisamente un cuadro determinado para que me resultara atractivo. Lo único que me interesaba era el susurro minúsculo de los acontecimientos que impulsaba a esa gente a través del campo impenetrable de los grandes cambios. Pero delante de mí las dos ventanas permanecían siempre en tinieblas como respuesta a una pregunta particularmente difícil. A tal punto difícil que estaba más allá de mis fuerzas extraerla de la oscuridad en que yacía.

Anteayer alguien tocó a mi puerta. Mi timbre no funcionaba y prefería dejarlo así. Presté oídos y escuché un débil chorro de agua. Se trataba del portero. Permanecí inmóvil y los golpes en la puerta se intensificaron.

—¿Hay alguien aquí? ¡Abra, por favor!

Por qué creía que debía acudir a su llamado, no podía imaginármelo. Era suya la idea de no reparar uno en el otro.

Fue una noche sin contratiempos en que soplaba un viento ligero, cuando una de las ventanas a oscuras se iluminó. Puede que haya sido una semana, quizá un mes, después de mudarme. Debía considerar un montón de cosas y mi apreciación del tiempo me engañaba. Un hombre y una mujer de gruesos abrigos entraron en la habitación, contemplaron con mirada indefensa el ambiente que yo no podía ver y que ellos posiblemente veían por vez primera, y se abrazaron. Sus cuerpos se aferraron uno al otro con todo y los abrigos y ambos permanecieron así durante algunos minutos, como si hubieran encontrado ya la posición en la cual deseaban que los alcanzara el fin del mundo. Me los imaginé entrando uno después del otro por el pórtico para que nadie los descubriera juntos. La manera en que habían retardado el paso por las escaleras cuando alguna llave ocasional de los pisos había girado en su cerradura, cómo se habían contemplado deprisa antes de penetrar

por una puerta que no se había abierto hacía ya mucho. Por supuesto que todo eso me lo imaginé, pero no tenía forma de saber qué era lo que en realidad había ocurrido. Simplemente lo veía en mi cabeza, eso era todo.

La misma noche, cuando ambos de nuevo se pusieron de pie delante de la ventana, sus pieles desnudas resplandecían con un contorno tenue de la luz incandescente. La primera que apareció fue la mujer y fijó su mirada en el exterior. Por un momento me pareció que sus ojos buscaban los míos, pero aquello resultaba imposible porque yo me hallaba oculta tras mi cristal a oscuras. El hombre se plantó detrás de ella y la abrazó. Sus brazos se adhirieron alrededor de su cuerpo como una prenda que temporalmente pudiera guarecerla de algún frío. Se veían tristísimos en su felicidad.

Al apagarse la luz, los perdí. Noche tras noche me plantaba en la ventana con la esperanza de que ambos volverían. Porque junto con ellos desapareció también el final remoto de cierta relación conmigo misma. Las mujeres continuaban jugando a las cartas, los niños saltaban en sus camas, mas nada prometía brindarme la misma explicación. Cuando el hombre y la mujer aparecieron de nuevo en el departamento deshabitado, algo había cambiado.

Estaba lloviendo y difícilmente distinguía sus ademanes. El hombre señalaba a la mujer con el índice y ella le hablaba con las palmas vueltas hacia arriba como alguien que hiciera enormes esfuerzos para explicar su punto de vista. De la forma más inesperada él intentó besarla pero ella lo apartó. Entonces él la golpeó. No fue una bofetada o un puñetazo. Simplemente su mano tomó impulso, con los cinco dedos separados, y lanzó el rostro hacia atrás como si deseara arrancar sólo éste. La mujer salió despedida pero conservó el equilibrio para luego precipitarse a la puerta. Estoy segura que él la siguió, ya que lo último que vi de ambos fue cómo él estaba oprimiéndole el brazo por encima del codo. Después por la pared de enfrente chorreó algo rojo. Un jeroglífico horrible de cuyo significado no deseaba enterarme. El surtidor de chorros oscuros en su derredor intentó deslizarse por el revoque blanco y se fundió casi en dirección a los hilos de lluvia en la ventana.

Me precipité escaleras abajo y toqué en todos los timbres que conseguía alcanzar. Algunos departamentos se hallaban vacíos y los moradores de algunos con toda seguridad no abrían a desconocidos. En la planta baja choqué contra el portero que había salido a revisar qué estaba ocurriendo. Creo que por primera vez me vio.

—¿Usted?

—¡Enfrente, en el departamento, algo espantoso está pasando! Creo que acaba de ocurrir un asesinato.

Se aprestó a tomarme por los hombros, quizá para examinar mi cara a la débil luz de la bombilla junto al pórtico. A pesar de ello, no me tocó. Parecía que sus mismos brazos se rehusaran en mitad del intento.

—Allí ocurrió un asesinato hace quince años —dijo como si no tuviera prisa en pronunciar las palabras—. Estoy seguro que nadie ha entrado desde entonces.

—¡Había gente, lo vi con mis propios ojos!

Estaba asustándolo. Sentía que estaba asustándolo por su mirada fija.

—No ha habido. Los herederos están en el extranjero. Yo conservo las llaves del departamento. Hace quince años yo limpié la sangre. Sólo que no puedo explicármelo. Cómo es posible...

—¿Qué?

—Que esté usted aquí, ahora. Después de todo lo que sucedió. ¿Es usted, verdad?

Hace mucho tiempo que nadie repara en mí. No me oye. Olvido dónde estoy. Probablemente hace mucho que estoy muerta. Sin duda mi parecido con la mujer que vi a través de la ventana no ha sido casual. Tampoco elegir dónde vivir. Nada ha sido una casualidad. He estado buscando, durante todo el tiempo he estado buscando la verdad acerca de lo sucedido. Y esos años que habían transcurrido desde entonces, no podía precisar cuántos eran. No recordaba qué había hecho durante todo ese tiempo. No recordaba haber hecho cualquier cosa que fuera, excepto afañarme en recordar. ¿Qué sucedió en aquella habitación? ¿Es posible, en verdad, tener también recuerdos en los cuales nos veamos desde fuera? ¿Cómo puede el recuerdo ser más vivo que todo cuanto se advierte en derredor? Tal vez en la dimensión que habito ahora eso resulte normal. Pero el portero estaba viéndome. También estaba hablando conmigo. ¿Por qué lograba verme? Evidentemente después de tantos años de deambular sin objetivo me hallaba en el sitio donde debía estar. Me hallaba delante de la única persona que podía responder a mis preguntas.

—¿Cómo ocurrió todo? ¿Cómo falleció la mujer?

Ahora su miedo, el cual se ocultaba allá, muy en sus adentros, afloró a la superficie e hizo oscilar sus arrugas.

—Falleció el hombre. A la mujer nadie volvió a verla nunca —pronunció para luego añadir— hasta hoy. 